

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

CASTRO, AMERICO. *La Celestina como contienda literaria; castas y casticismos*. Madrid. Revista de Occidente, 1965. 175 páginas.

Meditando yo hace algunos años acerca de por qué nuestra historia colombiana es, en algunos de sus capítulos esenciales, un "hueso duro de roer" (1), comprendí que una de las mayores causas de esta dureza y de la subsiguiente ofuscación que se presenta al interpretarlos había que ir a buscarla en otra, allende la frontera nacional, y de donde comenzó a fluir *históricamente* como desde su hontanar natural. Me refiero, claro está, a la historia de España. Necesitamos las gentes cuyo pasado se nos hizo a la sombra de la Península, me decía con este propósito, una disciplina intelectual, una moral e incluso una estética nuevas que nos permitan entender, en su legítima autenticidad, el pensamiento, la política, el arte, la literatura y la economía de ciertos y bien determinados pasajes de la historia nacional. E incuestionablemente veía, como ahora lo veo aún con mayor claridad, que el camino correcto para alcanzar tal entendimiento, esto es, para quitarle a esos pasajes su actual enfoque sarcástico, maldiciente, cruel y, no obstante, pueril, consistía en volver a pensar, reestructurándolos desde su raíz, en algunos hechos fundamentales de la historia de España. Por lo menos de los con relación a nosotros germinales. O sea romper la versión monolítica e infranqueable que hasta el momento se les confiere a dos sucesos —¡y qué sucesos!— del siglo XV español. Menester es, continuaba diciéndome, que trituremos sus leyendas —la negra y la blanca—, y los aboquemos como si fuesen súbitas emergencias de una gran cordillera histórica, preguntándonos: ¿debido a qué España, un pueblo que se había tragado *viva* la herencia celtíbera y la romana, un pueblo entonces desde muchos aspectos informe, no pudo, en cambio, digerir en ninguna forma los tonos de vida judío y árabe, teniendo que expulsarlos como si fuesen algo leproso y macabro? Y así mi análisis o meditación desembocó en la disputa maniferra del "cristiano viejo" contra el "cristiano nuevo", el judío y el árabe. O lo que es mejor: entre sus respectivas maneras de concebir la vida. Hay aquí —pensaba— en esta contienda de "españoles contra españoles" tal sobrecarga de vehemente *pathos*, de pasión medieval, de susceptibilidad de los espíritus, de sensibilidad para las

lágrimas, de excitabilidad morbosa, que, inflamándolo todo, ha hecho errar, y con cuánta grave magnitud, en la interpretación de ella misma y en el acervo de hechos que de allí se desprendieron. Por ejemplo, en el tratamiento histórico de dos espléndidas instituciones sociales en América creadas por España; en los ejidos y en los resguardos. Pero no solo esto. Semejante disputa —continuaba meditando— enardecido a unos y otros, ofuscándolos, cegándolos, fue lo que *en su hora* negó a estos pueblos —a España y Latinoamérica— levantar aquellas bases espirituales y materiales que en el futuro les dieran medios adecuados de vivir. No por el hecho mismo de la disputa, sino porque los actos que le siguieron, entre los cuales están los constitucionales, no fueron acordes con los resultados y reclamos perentorios del litigio (2). Y de esta manera me situaba, pienso, en un nuevo nivel histórico.

Ahora, después de haber realizado varias y acaso muchas lecturas y meditaciones sobre realidades muy diferentes, meditaciones y lecturas que llamo de *convergencia*, puesto que con ellas busco entender la unidad a través de la diversidad, haciéndome conciencia de ella, ahora, y volviendo atrás la mirada, encuentro que Américo Castro se plantea en este libro parejas inquietudes a las mías. Ha escrito, en efecto, el señor Castro un libro claro y sobrio donde nos explica la razón —aunque veremos si es razón exacta o aproximada— por la cual la historia de España se transforma en vil metal; quiero decir, en un pasado incidioso y feroz. Y cuyo nervio y substancia todavía, por tanto, “de honor los inhabilitan” —como a los desgraciados infantes de Carrión—; enturbiando, por lo pronto, la historia de allá y la de acá. De ahí que la intención del autor, mejor que tropezar con un tema desconocido, consista en pedir a los historiadores de hogaño un nuevo enfoque histórico. Es más: trata por su cuenta de desenrredar el ovillo. En consecuencia, a renglón seguido nos afirma que este *vade retro*, que esta censura, que esta malquerencia hacia lo español histórico se debe a la circunstancia de no haberse sabido o no haberse querido calar hondamente en la tensión existencial que, a fines del siglo XV, surgió en España y que Fernando de Rojas llamó “litigioso caos”. “España, hasta el siglo XV, escribe Castro, estaba compuesta de tres castas. Primero, la cristiana. Luego, la judía. Y, en fin, había el casticismo moro español”. Pero con la expulsión y persecución de las dos últimas —sigo al autor bien que con mis propias palabras y algunas ideas— la vida española tomó, en todos sus puntos y lugares, la forma ininterrumpida de un entrechoque, dando origen hacia uno de sus lados —el judío y árabe— a una época de hombres estrujados y recelosos, lo mismo que rastros. Según se desprende del cariz de ciertas dedicatorias: “a los muy piadosos, rezaba una de tantas, y chistianissimos príncipes don Hernando y doña Isabel”. Así, para este español perseguido el problema, su gravísimo problema, consistía en la duda, en la *quaestio*: “no saber, como dice Castro, lo que uno era; no cabía ser ya español judío, aunque la gente señalase como tal al cristiano nuevo”. A lo cual, si no se desea ser un mandarín divagador, debe sumarse la siguiente descripción de Castro, que acaba de darle forma a la silueta histórica: “Con Carlos V, en 1519, el imperio se encamina hacia lo descomunal. La tierra al ser circunvalada, se hace tema de experiencia vivible, y deja de ser una esfera ideal o incógnita. España y Portugal pasaban en muy breves años de una situación

colectiva de escaso relieve, a unas deslumbrantes de poderío. A más bajo nivel, como un rumor de voces rotas y dispersas, muchos millares de españoles, sin más horizonte efectivo que España, vagan en busca de improvisados hogares por las orillas del Mediterráneo, por el próximo Oriente y por donde pueden en Europa". Es extraordinario esto que Castro nos describe, mas es verdad, exacta verdad: España, en el dintel, de un gran imperio se encamina hacia lo descomunal, y, a despecho de la necesidad de mantener una dimensión humana enorme, ¿qué hace? Fíjese bien: despoblarse, deshabitarse desde los Pirineos hasta el Atlántico, ese *mar tenebroso* de las leyendas medievales.

¿A qué se debió —se habrá preguntado el lector, como se preguntó Américo Castro y como a mi turno lo hago— tan descomunal y violenta medida? Dado que obviamente no sé cuáles puedan ser las razones del lector, no me queda más remedio —como conviene al caso— que contraerme a las de Castro y, de rebote, a las mías. De esta suerte, veamos qué nos dice: “en la expulsión de los judíos, afirma, convergían las razones de Estado y muchos intereses inconfensables”. He aquí un razonamiento exacto, en mi entender, pero para el piso bajo de las motivaciones históricas. Porque a Américo Castro debe argumentársele siguiendo el método exclamativo de nuestra crítica histórica posterior a los años 30, y entre la cual descolló un José Fulgencio Gutiérrez. ¡No tal, señor Castro, no, no; la causa definitiva, esa que originó una situación de límite histórico, tiene que buscarse en sitios más profundos! E invitarle, en consecuencia, a abrir la claraboya por donde se oteará lo definitivo. Ello es que al filo del siglo XV se enfrentaron, según expresé al comienzo, dos concepciones de la vida diametralmente opuestas: la del “cristiano viejo” y la del judío-árabe. Y dentro de las cuales se debe instalar, a título solo de productos subsidiarios, aquello de los intereses inconfensables y aquello de las razones de Estado. Pues la concepción de la vida del “cristiano viejo”, *cargada y recargada* desde luego de actos inconfesables, era, a fuer de ser hombre medieval, extravagante e inflamable en extremo. El iba, jerárquico y feudal, y creando hechos de bárbara rudeza, desde la soberbia, la crueldad y la intemperancia hasta la impulsividad infantil de la ternura y la misericordia. Por eso quien se agarra a la historia completamente por este lado, como lo podría hacer una patología histórica, no consigue nada; por ejemplo, por más cerca que llegue a la concepción judía de la vida apenas podrá afirmar, y siguiendo este camino, que ella se asienta totalmente en la *avaricia*. Claro que sí. Ella es *también* avara; vicio que tiene su contraparte en el “cristiano viejo” con la *soberbia*. Pero nada más. ¿No se ve que detrás de ella, dándole fuerza y hondura, existe la circunstancia de que la vida del judío jamás dejó de descansar en la carne y en el hueso de una existencia terrena, llana y práctica? Luego lo fundamental radica en co-tejar esas dos formas de vida totales. Decía, pues, que al filo del siglo XV se enfrentaron, en España, dos concepciones de la vida diametralmente opuestas. Una, la del “cristiano viejo”, se nutría enteramente del ideal. Es decir, que la vida no tenía sentido, que las cosas no valían por sí. Tal como Dios las había colocado en el mundo. Mas con esto, lejos de desterrarse del ámbito terrestre, lo que hacía, en rigor, era cubrirlas con una concepción jerárquica, caballeresca, heroica y ascética, marcándolas al propio tiempo con una fantasía y una emoción por completo mágicas. La

otra, que es la del judío, era, al contrario, natural y racional. O mejor aún, rebozante de sentido de la vida diaria, práctica, cotidiana, como quien dice de tejas para abajo, se sentía incapaz de acercarse con fantasía a las cosas. Allá arriba estaba el "cristiano viejo", en el fondo de un cielo espléndido, pero él, judío de Castilla o Aragón, o de Granada estaba aquí: donde el sol no vuelca sus rayos fulgurantes, sino muchos maravedíes cantantes y sonantes. Avaro, sí, avaro, impuro, zahorí, dotado de gran capacidad para el comercio se ocupaba, con ventaja cada día más creciente, en lo que el otro despreciaba. Su vida, al revés de la famosa Y de Pitágoras, que se divide en una línea capital y una lateral, era única; ser vida activa, real, basada en el estudio, en la soledad y en el trabajo.

Bastan, creo yo, estas someras acotaciones en torno al libro de Américo Castro para confirmarse uno en la idea de que se requiere calar todavía muy hondo en un terreno que se ha explorado con miopía y con desdén (3). ¿Cómo podrán abandonar su condición de "hueso duro de roer" algunos capítulos esenciales de nuestra historia, y a los cuales me referí al comienzo, si su causa más arcana sigue reduciéndose al papel de una sensación, de una imagen, de un instinto, de una bellaquería? ¿No es lamentable ver a pensadores tan sutiles y bien documentados como el mismo Castro cayendo en la explicación de los fines inconfesables, no obstante reconocer entre líneas que con el judío y el árabe —en este con su ciencia experimental (4)—, quiso florecer en España la moderna mentalidad liberal del "individuo", o, lo que es igual, ¿una nueva concepción de la vida? Y, efectivamente: tenemos derecho a exigir, nosotros los hombres que recibimos de España tres o cuatro estructuras esenciales, un desarrollo amplio y decisivo de su historia, para juzgar, juzgándonos a nosotros mismos como pueblo y como hombres, la terrible resolución de una nación de partirse en dos. "El hoy ya no es un instante en la continuidad, sino la perturbación de toda medida continua, el alto de todo el despliegue en el alumbramiento del tiempo infinito", ha escrito E. Grisebach, con el deseo de sintetizar el tiempo de una nueva novela y que, salvando edades y criterios reducidos, puede citarse para entender el *hoy* de la España del siglo XV. Lo demás equivale a echar globos de veladas imágenes en vez de tomarse el trabajo de pensar; equivale a hacer el papel de la loca de la casa en el gran escenario de la historia. Y por eso se debe encarar, claro y aparte, ese *hoy*: que es el del "cristiano viejo" y el del judío y el del árabe.

Pues bien; me parece, en cambio, que de ese desarrollo está más cerca la crítica literaria cuando, valga el caso, juzga a *La Celestina*: la obra que, en el plano literario, resume las consecuencias radicales de la lucha entre cristianos y judíos españoles (5). ¿Por qué? En mi manera de pensar, por esto: la literatura recoge, cuando se trata de reflejar literariamente conflictos sociales, lo que de bulto, de incuestionable o de verdadero muestran. Es, en verdad, una historia simplificada, escrita con lo burdo de la trama, si bien ella en sí misma, como obra de arte, se aparta de cualquier torpeza expresiva e interpretativa. De aquí, a mi juicio, el ningún tropiezo que encuentra Castro una vez abandona su lógica histórica y se mete por los vericuetos de la obra de Fernando de Rojas. Comienza subrayando: "la literatura, desde fines del siglo XV, registra el desacuer-

do entre la apetencia de realidad e irrealidad y la insatisfacción frente a un mundo desvalorado y desustanciado moral e incluso materialmente". Y merced a ello con sobra de razón nos advierte adelante que *La Celestina* fue un caso de literatura caballeresca a 'lo alcahuético y a lo rufianesco' ". Es, pues, puro "litigioso caos" —digo— para resaltar la potencialidad acumulativa de raciocinio que Castro muestra acá. Es decir, que ella funde por debajo estas dos concepciones de la vida, en forma soterrada. "Buscad bien el fin de aquestos que escribo", declara para no dar margen a la duda el mismísimo Rojas. De allí se desprende, y Castro lo advierte, que la finalidad de *La Celestina* no es "moralizadora" o hacer un ataque al orden religioso y social del "cristiano viejo". Encontramos —escribe— negados los signos positivos de lo literariamente admitido, no con miras a destruir por destruir, sino a fin de poner al desnudo la escueta voluntad de existir". Frente a lo cual yo agregaría: esta voluntad de existir es lo que hace al idealismo del "cristiano viejo" —en la obra de Rojas y en la España del siglo XV— rodar más allá de sí mismo, aumentándolo, disminuyéndolo, hasta el límite de lo simplemente humano. Lo deja suspenso, en el aire, como un bostezo; con su desesperanza, su hastío, su dolor, su desilución... Aquí, del vientre nítrico de Vieja astrosa, hecha de fuego y de ceniza, desciende el español del siglo XV hasta la superficie —recia, ancha, bruna— del centro de la tierra, aunque mejor fuera decir a su magma ígneo. Esta es la razón, y para decirlo hay que desafiar aún ciertos libelos torpemente denigrantes, por la cual el alma de Celestina descienda, igualmente, a nuestro mundo moderno. Y eso que no lo afirmo pensando en la ruda licencia amorosa de sus alcahuetterías, ni por su estilo epitalámico. Sino en vista de ser, buena y mala al mismo tiempo, la encarnación de fuerzas que despojan de la dignidad espiritual a la vida; por lo menos de aquella dignidad que se concibe en un solo sentido. Bien se ve que Celestina admite que a este mundo lo hizo Satanás (6).

Tal vez no interese resaltar otra cosa, porque si la obra de Fernando de Rojas nos alcanza en alguna forma, podemos, a nuestro turno, tener una visión más comprensible de un siglo tan excesivamente controvertido. Y acaso de nuestra época. No son ganas mías de escribir por escribir esto último, sino que vengamos a cuentas: ¿es verdad o mentira que el hombre de hoy, como aquel que recreó Rojas, prefiere ganar la tierra a perder el cielo? De todas suertes, sea esto o no así, lo que me importa ahora es relieves que "el nivel de nuestro tiempo" puede entender, cual ningún otro del pasado, los recónditos motivos que pusieron en la España del siglo XV de un lado a los campeones de la vida, y de otro, a los de la fe. Notad que por encima de la bomba de hidrógeno, de las máquinas analógicas, de la parasitología, de las matemáticas del transfinito, del deformismo en las artes, del continuo-espacio tiempo, de las comunicaciones instantáneas, de la "pasividad social" de la juventud, de la diminutarización electrónica y de la *sociedad opulenta* con su revés de hambre, notad que dentro del espíritu de nuestra actual civilización todas las ideas coexisten. Como lo indicó Musil, nuestra civilización dejaría de ser nuestra civilización, si una idea permitiera que no subsistiera absolutamente nada de la contraria. En esta época, impera además un equilibrio inestable entre la licencia sin freno y la virtud cristiana. Y por eso, Celestina pertenece en alguna forma a la fisonomía moral del siglo XX (7). Altanera, desordenada, huma-

nizada, relativizada —como que es de un modo interpretada por Elicia, de otro por Calixto, por Sempronio—, desquiciadora de jerarquías y formas, usurpadora de órdenes continúa sacudiendo nuestra sensibilidad espiritual; ella, amasada con carne de ruina, vive y pervive haciendo de guiñapos humanos rebeldes *con causa*, para gritarnos con su ideal vuelto del revés que entre los hombres no hay reposo, que no hay placer ni firmeza cierta (8). ¡Esto es lo profundo y, por profundo, permanente de la Vieja! Que con sus ademanes de codicia y de licencia desenfrenada exalta un mundo de lealtad y abnegación, de noble perfección y de fantasía ideal; pero ya, en su estado de decrepitud y acaso en su demencia. Pues qué, ¿quién me negaría que “el cinismo, el verdadero cinismo, nace como oposición a la cultura convencional”?

NOTAS

(1) “El virtuoso i siempre honorable José Camilo de Torres” en su *Memorial de Agravios* escribió: “tan españoles somos, como los descendientes de Don Pelayo, i tan acreedores, por esta razón, a las distinciones, privilegios i prerrogativas del resto de la nación”... He aquí una ostentación de *limpieza de sangre* que hace pensar más en el ideal del “cristiano viejo”, viejo de ultranzas y ultratumbas, que en un sistema o ideología revolucionarias de deslinde y superación de usos sociales anquilosados. Al fin y al cabo, para Torres, *el virtuoso*, como para Fernán González, “el desierto era monoteísta”. Esto es, que Torres, y por lo que a este aspecto se refiere, prolonga sus creencias hacia otras: por lo menos hasta 1350, fecha en la cual termina la plenitud de la Edad Media. ¿Cómo resulta posible que uno de nuestros *próceres* máximos de la Independencia estuviese tan asentado en la gleba más recalcitrante de la concepción cristiana vieja, contra la cual, según se nos ha venido diciendo por muchos años, se alzaron los patriotas? Y, sin embargo, es así. Pero esto no significa —¡no faltaba!— que Torres desconociera los valores y objetivos del movimiento independiente. Ni que su conducta se pueda explicar por el lado de la fatalidad. Porque esta dirige, no arrastra: *fata ducunt, non trahunt*. Todo lo contrario. Torres, gran pensador para su época, resolvía conforme al ancestro español, o sea a la manera del “cristiano viejo”, la cuestión de las directrices ideológicas de la separación. Más aún: por no reconocer la Corona en ellos —en el *establecimiento* de los criollos— sus derechos y preeminencias de *cristianos viejos*, de ser “tan españoles”, engendraron contra ella el movimiento. Pero casi todos nuestros historiadores —y aquí está el “hueso duro de roer”— le acomodan al “payanés epónimo” otras ideas y otras influencias. Por eso, en mi libro *Estática y dinámica de las generaciones colombianas*, de cuya existencia dí cuenta en la entrega anterior de este Boletín, hablo, en vez de una *explosión* revolucionaria, de una *implosión*. Que significa aplastamiento de un orbe humano sobre sí mismo.

(2) ¿Por qué, simplemente por qué un analista tan sagaz como Alfonso López Michelsen dio a una de sus obras este título: *La estirpe calvinista de nuestras instituciones*?

(3) No hay duda: esta falta de exploración es la que nos hace tropezar con alusiones patéticas, contorsionadas, a la historia de España. Todas ellas flotan indecisas entre la conjetura y la realidad, unidas por un estremecimiento que no parece sospechar término medio. Testigos son de esa miopía, unos testigos que surgen ora cuando se escruta el remoto pasado, ora cuando se habla de un ayer apenas abatido. Escribiendo un prosista contemporáneo sobre la “caudalosa y jerárquica” generación española de 1925 y de su sino lacerado no hace mucho se preguntaba: ¿Qué vesánica Némesis, qué indescriptible furia disparaba sus dardos sobre la poesía? La respuesta, de orden histórico, aún permanece suspendida sobre el destino de España”.

(4) Ciertos manuscritos de los árabes españoles del siglo XII contienen esquemas de cohetes de bombardeo, y otros, estudian la química y la propulsión a reacción.

(5) Esta lucha, me atrevo a afirmarlo, únicamente ocurrió en España. ¡Claro! Allí, y en el siglo XV, el judío vivía *sine luce, sine cruce, sine Deo*. Poco más allá de sus fronteras, no logra uno descubrir similar sufrimiento. En el *Ecclesiastes*, la obra de la ancianidad de Erasmo, se puede leer “no digo ahora nada del *sinfín* de judíos *mezclados* entre nosotros” (subrayado mío). Nada autoriza aquí a deducir una realidad torva, una situa-

ción aviesa e intolerable; pues estas palabras distan mucho del "ganado roñoso", como se les llamaba en la Península. Y no vale apoyarse en la presunción de que Erasmo era un hombre ecuánime. Porque él nunca pasó su vida haciendo "objeciones dulces al Ser Supremo", cual Don Guepim, que fue abad de Silos.

(6) Recuérdese el pensamiento que cité de Musil. No es que el mundo contemporáneo crea que Satanás le creó. ¡No! Otra es la cuestión. Lo que pasa es que en este mundo de ahora coexisten, sin provocar anatemas y aspavientos, varias ideas acerca de su creación. Y ello, precisamente, es lo que contrasta con el mundo que combatía Celestina: el cual creía y exigía creer en una sola idea de la creación.

(7) A decir verdad, debido a esta fisonomía traigo acá su figura que, en nuestra era atómica, nada tiene de espectral o de sonambulesca. Sí; a decir verdad... Pues quiero, anhelo hacer de esta sección una ventana abierta de par en par sobre *nuestro tiempo*: un tiempo de olvidos y compulsiones, de simulaciones y encubrimientos, de perversiones y temores, de egoísmos y mistificaciones. Pero en el fondo creador de un porvenir totalmente nuevo, "indiferente al sombrío ayer que tú no has conocido". Lo cual, claro está, no equivale a levantar un monumento al boticario Homais, ese producto neto del progresismo.

(8) De ahí que los héroes de nuestra época no sean héroes de espíritu, carne y nombre conocidos, sino —semejantes al personaje de la novela *Jedermann* de Hofmannsthal— unos anónimos "cualesquiera". Así se explica la filosofía bastante simplista de sus ídolos. Por ejemplo, la de James Bond. Al cabo, el hombre no ha dejado siempre las ideas en el mismo lugar. Por el contrario, unas veces en el corazón; otras en el diafragma o en el hígado, y a veces en... Es que "donde quiera que el hombre pone la planta —se lee en el viejísimo libro indú— pisa siempre cien senderos". Mas uno se congratula de que a cambio de esos héroes *cualesquiera* —un empleado de banco, un tenedor de libros, una mecanógrafa, un ejecutivo— nuestra época haya conocido, por ejemplo, un Norbert Wiener: "una de las mutaciones del hombre en una especie más inteligente". ¡Quizás!